
EL GRAN GALEOTO.

DIÁLOGO.

La escena representa un gabinete de estudio. Á la izquierda un balcón; á la derecha una puerta; casi en el centro una mesa con papeles, libros y un quinqué encendido; hácia la derecha un sofá. Es de noche.

ESCENA PRIMERA.

ERNESTO sentado á la mesa y como preparándose á escribir.

ERNESTO. ¡Nada!... ¡Imposible!... Esto es luchar con lo imposible. La idea está aquí: bajo mi ardorosa frente se agita; yo la siento; á veces luz interna la ilumina, y la veo... La veo con su forma flotante, con sus vagos contornos, y de repente suenan en sus ocultos senos voces que la animan, gritos de dolor, amorosos suspiros, carcajadas sardónicas... ¡todo un mundo de pasiones que viven y luchan!... y fuera de mí se lanzan, y á mi alrededor se extienden, y los aires llenan! Entónces, entónces me digo á mí mismo:—«este es el instante,»—y tomo la pluma, y con la mirada fija en el espacio, con el oído atento, conteniendo los latidos del corazón, sobre el papel me inclino... pero, ¡ah! sarcasmo de la impotencia!... ¡Los contornos se borran, la vision se desvanece, gritos y suspiros se extin-

guen... y la nada, la nada me rodea!... ¡La monotonía del espacio vacío, del pensamiento inerte, del cansancio soñoliento! Más que todo eso: la monotonía de una pluma inmóvil y de un papel sin vida, sin la vida de la idea. ¡Ah!... ¡cuántas formas tiene la nada, y cómo se burla, negra y silenciosa, de creadores de mi estofa! Muchas, muchas formas: lienzos sin colores, pedazos de mármol sin contornos, ruidos confusos de caóticas vibraciones; pero ninguna más irritante, más insolente, más ruin que esta pluma miserable, (Tirándola.) y que esta hoja en blanco. ¡Ah!... no puedo llenarte, pero puedo destruirte, cómplice vil de mis ambiciones, y de mi eterna humillación! Así... así... más pequeños... aún más pequeños... (Rompiendo el papel.—Pausa.) ¿Y qué?... La fortuna que nadie me ha visto; que por lo demás, estos furoros son ridículos y son injustos. No... pues yo no cedo. Pensaré más, más... hasta vencer, ó hasta estrellarme. No; yo nunca me doy por vencido. A ver... a ver si de este modo...

ESCENA II.

ERNESTO, D. JULIAN. Éste por la derecha, de frac y con el abrigo al brazo.

D. JULIAN. (Asomándose á la puerta, pero sin entrar.) Hola, Ernesto.
 ERNESTO. ¡Don Julian!
 D. JULIAN. ¿Trabajando aún?... ¿Estorbo?...
 ERNESTO. (Levantándose.) ¡Estorbar!... ¡Por Dios, don Julian!... Entre usted, entre usted. ¿Y Teodora? (D. Julian entra.)
 D. JULIAN. Del Teatro Real venimos. Subió ella con mis hermanos al tercero á ver no sé qué compras de Mercedes, y yo me encaminaba hácia mi cuarto cuando vi luz en el tuyo, y me asomé á darte las buenas noches.
 ERNESTO. ¿Mucha gente?

D. JULIAN. Mucha, como siempre; y todos los amigos me preguntaron por tí. Extrañaban que no hubieses ido.
 ERNESTO. ¡Oh!... qué interés!
 D. JULIAN. El que tú mereces, y aún es poco. Y tú, ¿has aprovechado estas tres horas de soledad y de inspiración?
 ERNESTO. De soledad, sí; de inspiración, no. No vino á mí, aunque rendido y enamorado la llamaba.
 D. JULIAN. ¿Faltó á la cita?
 ERNESTO. Y no por vez primera. Pero si nada hice de provecho, hice en cambio un provechoso descubrimiento.
 D. JULIAN. ¿Cuál?
 ERNESTO. Este: que soy un pobre diablo.
 D. JULIAN. ¡Diablo! Pues me parece descubrimiento famoso.
 ERNESTO. Ni más, ni ménos.
 D. JULIAN. ¿Y por qué tal enojo contigo mismo? ¿No sale acaso el drama que me anunciaste el otro día?
 ERNESTO. ¡Qué ha de salir! Quien sale de quicio soy yo.
 D. JULIAN. ¿Y en qué consiste ese desaire que juntos hacen la inspiración y el drama á mi buen Ernesto?
 ERNESTO. Consiste en que al imaginarlo, yo creí que la idea del drama era fecunda, y al darle forma, y al vestirla con el ropaje propio de la escena, resulta una cosa extraña, difícil, antidramática, imposible.
 D. JULIAN. Pero, ¿en qué consiste lo imposible del caso? Vamos, dime algo, que ya voy entrando en curiosidad. (Sentándose en el sofá.)
 ERNESTO. Figúrese usted que el principal personaje, el que crea el drama, el que lo desarrolla, el que lo anima, el que provoca la catástrofe, el que la devora y la goza, no puede salir á escena.
 D. JULIAN. Tan feo es? tan repugnante ó tan malo?
 ERNESTO. No es eso. Feo, como cualquiera: como usted ó como yo. Malo, tampoco: ni malo, ni bueno. Repugnante, no en verdad: no soy tan escéptico, ni tan misántropo, ni tan desengañado de la vida estoy, que tal cosa afirme, ó que tamaña injusticia cometa.

- D. JULIAN. Pues entonces ¿cuál es la causa?
- ERNESTO. Don Julian, la causa es, que el personaje de que se trata no cabría materialmente en el escenario.
- D. JULIAN. Virgen santísima, y qué cosas dices! Es drama mitológico por ventura y aparecen los titanes?
- ERNESTO. Titanes son; pero á la moderna.
- D. JULIAN. En suma?
- ERNESTO. En suma, ese personaje es... *todo el mundo*, que es una buena suma!
- D. JULIAN. *Todo el mundo!* pues tienes razon, todo el mundo no cabe en el teatro; hé ahí una verdad indiscutible y muchas veces demostrada.
- ERNESTO. Pues ya ve usted, como yo estaba en lo cierto.
- D. JULIAN. No completamente. *Todo el mundo* puede condensarse en unos cuantos tipos ó caracteres. Yo no entiendo de esas materias, pero tengo oído que esto han hecho los maestros más de una vez.
- ERNESTO. Sí, pero en mi caso, es decir, en mi drama, no puede hacerse.
- D. JULIAN. Por qué?
- ERNESTO. Por muchas razones que fuera largo el explicar y sobre todo á estas horas.
- D. JULIAN. No importa: vengan algunas de ellas.
- ERNESTO. Mire usted, cada individuo de esa masa total, cada cabeza de ese monstruo de cien mil cabezas, de ese titán del siglo, que yo llamo *todo el mundo*, toma parte en mi drama un instante brevísimo, pronuncia una palabra no más, dirige una sola mirada, quizá toda su accion en la fábula es una sonrisa: aparece un punto y luego se aleja: obra sin pasion, sin saña, sin maldad, indiferente y distraido; por distraccion muchas veces.
- D. JULIAN. Y qué?
- ERNESTO. ¡ Que de esas palabras sueltas, de esas miradas fugaces, de esas sonrisas indiferentes, de todas esas pequeñas murmuraciones y de todas esas pequenísima-

- mas maldades; de todos esos, que pudiéramos llamar, rayos insignificantes de luz dramática, condensados en un foco y en una familia, resulta el incendio y la explosion, la lucha y las víctimas. Si yo represento la totalidad de las gentes por unos cuantos tipos ó personajes simbólicos, tengo que poner en cada uno lo que realmente está disperso en muchos, y resulta falseado el pensamiento; unos cuantos tipos en escena, repulsivos por malvados, inverosímiles porque su maldad no tiene objeto; y resulta además el peligro de que se crea que yo trato de pintar una sociedad infame, corrompida y cruel, cuando yo sólo pretendo demostrar, que ni aun las acciones más insignificantes, son insignificantes ni perdidas para el bien ó para el mal, porque sumadas por misteriosas influencias de la vida moderna pueden llegar á producir inmensos efectos.
- D. JULIAN. Mira, no sigas, no sigas: todo eso es muy metafísico. Algo vislumbro, pero al través de muchas nubes. En fin, tú entiendes de estas cosas más que yo: si se tratase de giros, cambios, letras y descuentos otra cosa sería.
- ERNESTO. ¡Oh, no: usted tiene buen sentido, que es lo principal!
- D. JULIAN. Gracias, Ernesto, eres muy amable.
- ERNESTO. Pero está usted convencido?
- D. JULIAN. No lo estoy. Debe haber manera de salvar ese inconveniente.
- ERNESTO. Si fuera ese solo!
- D. JULIAN. Hay más?
- ERNESTO. Ya lo creo. Dígame usted ¿cuál es el resorte dramático por excelencia?
- D. JULIAN. Hombre, yo no sé á punto fijo qué es eso que tú llamas *resorte dramático*; pero yo lo que te digo, es que no me divierto en los dramas en que no hay amores, sobre todo amores desgraciados, que para amo-

- res felices tengo bastante con el de mi casa y con mi Teodora.
- ERNESTO. Bueno: magnífico: pues en mi drama casi, casi, no puede haber amores.
- D. JULIAN. Malo, pésimo, digo yo. Oye, no sé lo que es tu drama, pero sospecho que no va á interesar á nadie.
- ERNESTO. Ya se lo dije yo á usted. Sin embargo, amores pueden ponerse y hasta celos.
- D. JULIAN. Pues con eso, con una intriga interesante y bien desarrollada, con alguna situación de efecto...
- ERNESTO. No, señor; eso sí que no: todo ha de ser sencillo, corriente, casi vulgar... como que el drama no puede brotar á lo exterior. El drama va por dentro de los personajes: avanza lentamente: se apodera hoy de un pensamiento, mañana de un latido del corazón: mina la voluntad poco á poco.
- D. JULIAN. Pero todo eso en qué se conoce? esos estragos interiores qué manifestacion tienen? quién se los cuenta al espectador, dónde los ve? Hemos de estar toda la noche á caza de una mirada, de un suspiro, de un gesto, de una frase suelta! Pero, hijo, eso no es divertirse! para meterse en tales profundidades se estudia filosofía!
- ERNESTO. Nada: repite usted como un eco todo lo que yo estoy pensando.
- D. JULIAN. No; yo tampoco quiero desanimarte. Tú sabrás lo que haces. Y... ¡vaya!... aunque el drama sea un poco pálido, parezca pesado y no interese... con tal que luego venga la catástrofe con bríos... y que la explosion... ¿eh?
- ERNESTO. ¡Catástrofe... explosion!... casi casi, cuando cae el telon.
- D. JULIAN. ¿Es decir, que el drama empieza cuando el drama acaba?
- ERNESTO. Estoy por decir que sí; aunque ya procuraré ponerle un poquito de calor.

- D. JULIAN. Mira, lo que has de hacer es escribir *ese segundo drama*, ese que empieza cuando acaba el primero; porque el primero, segun tus noticias, no vale la pena y ha de darte muchas.
- ERNESTO. De eso estaba yo convencido.
- D. JULIAN. Y ahora lo estamos los dos; tal maña te has dado, y tal es la fuerza de tu lógica. ¿Y qué título tiene?
- ERNESTO. ¡Título!... Pues esa es otra... Que no puede tener título.
- D. JULIAN. ¿Qué?... ¿Qué dices?... ¡Tampoco!...
- ERNESTO. No, señor; á no ser que lo pusiéramos en griego para mayor claridad, como dice don Hermógenes.
- D. JULIAN. Vamos, Ernesto; tú estabas durmiendo cuando llegué; soñabas desatinos y me cuentas tus sueños.
- ERNESTO. ¿Soñando?... sí. ¿Desatinos?... tal vez. Y sueños y desatinos cuento. Usted tiene buen sentido y en todo acierta.
- D. JULIAN. Es que para acertar en este caso no se necesita gran penetracion. Un drama en que el principal personaje no sale; en que casi no hay amores; en que no sucede nada que no suceda todos los dias: que empieza al caer el telon en el último acto, y que no tiene título, yo no sé cómo puede escribirse, ni cómo puede representarse, ni cómo ha de haber quien lo oiga, ni cómo es drama.
- ERNESTO. ¡Ah!... Pues drama es. Todo consiste en darle forma, y en que yo no sé dársela.
- D. JULIAN. ¿Quieres seguir mi consejo?
- ERNESTO. ¿Su consejo de usted?... ¿De usted, mi amigo, mi protector, mi segundo padre? ¡Ah!... ¡Don Julian!...
- D. JULIAN. Vamos, vamos, Ernesto, no hagamos aquí un drama sentimental á falta del tuyo que hemos declarado imposible. Te preguntaba si quieres seguir mi consejo.
- ERNESTO. Y yo decía que sí.
- D. JULIAN. Pues déjate de dramas, acuéstate, descansa, vente á

cazar conmigo mañana, mata unas cuantas perdices con lo cual te excusas de matar un par de personajes de tu obra, y quizá de que el público haga contigo otro tanto, y á fin de cuentas tú me darás las gracias.

ERNESTO. Eso sí que no. El drama lo escribiré.

D. JULIAN. Pero, desdichado; tú lo concebiste en pecado mortal.

ERNESTO. No sé cómo; pero lo concebí. Lo siento en mi cerebro; en él se agita; pide vida en el mundo exterior, y he de dársela.

D. JULIAN. Pero, ¿no puedes buscar otro argumentó?

ERNESTO. Pero, ¿y esta idea?

D. JULIAN. Mándala al diablo.

ERNESTO. ¡Ah, don Julian! ¿Usted cree que una idea que se ha aferrado aquí dentro se deja anular y destruir porque así nos plazca? Yo quisiera pensar en otro drama, pero este, este maldito de la cuestion no le dejará sitio hasta que no brote al mundo.

D. JULIAN. Pues nada... que Dios te dé feliz alumbramiento.

ERNESTO. Ahí está el problema, como dice Hamlet.

D. JULIAN. ¿Y no podrías echarlo á la inclusa literaria de las obras anónimas? (En voz baja y con misterio cómico.)

ERNESTO. ¡Ah, don Julian! Yo soy hombre de conciencia. Mis hijos, buenos ó malos, son legítimos; llevarán mi nombre.

D. JULIAN. (Preparándose á salir.) No digo más. Lo que ha de ser está escrito.

ERNESTO. Eso quisiera yo. No está escrito por desgracia; pero no importa, si yo no lo escribo, otro lo escribirá.

D. JULIAN. Pues á la obra; y buena suerte, y que nadie te tome la delantera.

ESCENA III.

ERNESTO, D. JULIAN, TEODORA.

TEODORA. (Desde fuera.) ¡Julian!... ¡Julian!...

D. JULIAN. Es Teodora.

TEODORA. ¿Estás aquí, Julian?

D. JULIAN. (Asomándose á la puerta.) Sí; aquí estoy; entra.

TEODORA. (Entrando.) Buenas noches, Ernesto.

ERNESTO. Buenas noches, Teodora. ¿Cantaron bien?

TEODORA. Como siempre. ¿Y usted ha trabajado mucho?

ERNESTO. Como siempre: nada.

TEODORA. Pues para eso, mejor le hubiera sido acompañarnos. Todas mis amigas me han preguntado por usted.

ERNESTO. Está visto que *todo el mundo* se interesa por mí.

D. JULIAN. ¡Ya lo creo!... Como que de *todo el mundo* vas á hacer el principal personaje de tu drama. Figúrate si les interesará tenerte por amigo.

TEODORA. (Con curiosidad.) ¿Un drama?

D. JULIAN. ¡Silencio!... Es un misterio... no preguntes nada. Ni título, ni personajes, ni accion, ni catástrofe... ¡lo sublime! Buenas noches, Ernesto. Vamos, Teodora.

ERNESTO. Adios, don Julian.

TEODORA. Hasta mañana.

ERNESTO. Buenas noches.

TEODORA. (Á D. Julian.) Qué preocupada estaba Mercedes.

D. JULIAN. Y Severo hecho una furia.

TEODORA. ¿Por qué sería?

D. JULIAN. ¡Qué sé yo! En cambio Pepito, alegre por ambos.

TEODORA. Ese siempre. Y hablando mal de todos.

D. JULIAN. Personaje para el drama de Ernesto. (Salen Teodora y D. Julian por la derecha.)

ESCENA IV.

ERNESTO.

ERNESTO. Diga lo que quiera don Julian, yo no abandono mi empresa. Fuera insigne cobardía. No, no retrocedo... adelante. (Se levanta y se pasea agitadamente. Despues se acerca al balcón.) Noche, protégeme que en

tu negrura, mejor que en el mantó azul del día, se dibujan los contornos luminosos de la inspiración, Alzad vuestros techos, casas mil de la heroica villa, que, por un poeta en necesidad suma, no habeis de hacer ménos que por aquel diablillo cojuelo que travesamente os descaperuzó. Vea yo entrar en vuestras salas y gabinetes damas y caballeros, buscando, tras las agitadas horas de públicos placeres, el nocturno descanso. Lleguen á mis aguzados oídos las mil palabras sueltas de todos esos que á Julian y Teodora preguntaban por mí; y como de rayos dispersos de luz, por diáfano cristal recogidos, se hacen grandes focos; y como de líneas cruzadas de sombra se forjan las tinieblas, y de granos de tierra los montes, y de gotas de agua los mares; así yo, de vuestras frases perdidas, de vuestras vagas sonrisas, de vuestras miradas curiosas, de esas mil trivialidades que en cafés, teatros, reuniones y espectáculos dejais dispersas, y que ahora flotan en el aire, forje también mi drama, y sea el modesto cristal de mi inteligencia, lente que traiga al foco luces y sombras, para que en él brote el incendio dramático y la trágica explosión de la catástrofe. Brote mi drama, que hasta título tiene, porque allá, bajo la luz del quinqué, veo la obra inmortal del inmortal poeta florentino, y dióme en italiano lo que en buen español fuera buena imprudencia y mala osadía escribir en un libro ó pronunciar en la escena. Francesca y Paolo, válganme vuestros amores. (Sentándose á la mesa y preparándose á escribir.) ¡Al drama!... El drama empieza! Primera hoja: ya no está en blanco... ya tiene título. (Escribiendo.) EL GRAN GALEOTO. (Escribo febrilmente.)

FIN DEL DIÁLOGO.

ACTO PRIMERO.

La escena representa un salón en casa de D. Julian.

En el fondo una gran puerta: tras ella un pasillo transversal: despues la puerta del comedor, que permanece cerrada hasta el final del acto.—Á la izquierda del espectador, en primer término, un balcón; en segundo término, una puerta. Á la derecha, en primero y segundo término respectivamente, dos puertas.—En primer término, á la derecha, un sofá; á la izquierda una pequeña mesa y una butaca.

Todo lujoso y espléndido.

Es de día, á la caída de la tarde.

ESCENA PRIMERA.

TEODORA, D. JULIAN.—Teodora asomada al balcón:
D. Julian sentado en el sofá y pensativo.

TEODORA. ¡Hermosa puesta de sol!
¡qué nubes, qué sol, qué cielo!
Si en los espacios azules
está el porvenir impreso,
como dicen los poetas
y nuestros padres creyeron;
si en la esfera de zafir
escriben astros de fuego,
de los humanos destinos